



DISCURSO DE PRESENTACIÓN DE LA AUTORA LA NOCHE DE CIERRE DE LA OBRA DE TEATRO “RITUAL PARA TRES”, EN EL TEATRO MUNICIPAL DE ANTOFAGASTA

Por: Ma. Elena Moll Sureda
Doctora Ph D., Universidad de Maryland, USA

Presentar a Irene Galiachis en Antofagasta parece redundante, y hacerlo yo --que dejé estas tierras hace ya tanto--, podría parecer casi un anacronismo.

Sin embargo, he aceptado el desafío por dos razones: la primera, para evocar, reencarnándolas, las voces de entrañables maestros y amigos que en su momento alentaron la aventura escritural en la que Irene Galiachis se enroló, voces que he vuelto a escuchar, mientras recorría la obra de nuestra autora.

La segunda, para mirar, --- retrocediendo hacia otros días --- mirar, decía, a esa niña que fue Irene, y cuyo imaginario se fue formando a través de sus vivencias en esta ciudad de Antofagasta, o, mejor, en esa Antofagasta que ya solo existe en el recuerdo de aquellos que la vivimos...

La revista Hacia, de tan hondo recuerdo para todos, publica los primeros poemas de Irene Galiachis.

En esa ocasión nuestro admirado maestro, Andrés Sabella, dice:

"Irene Galiachis llega a la palabra protegida por la experiencia que le conceden variadas disciplinas, desde la de constructora civil a las de la fotografía, la música y los tapices, en las que ha mostrado sensibilidad de raza y un severo respeto por el trabajo. Su condición auténtica de mujer de Universidad se evidencia en su hambre de saber, en su fuego humanista, en su existir, en alerta constante de nuevos capítulos creadores que enriquezcan sus días. Distinciones, viajes, desvelos de horizontes y compromisos con la belleza, podrían resumirla y distinguirla. Pero, Irene Galiachis se encuentra siempre en el punto de partida de nuevas aventuras que aumenten la ansiedad de sus sienes: los poemas de "El Mar y el Olvido" recogen, ahora, su fina ambición de sentirse "parte de las brisas",

"esperando alcanzar
una pausa de reposo feliz,
antes de mi último sol".



El Mar de Antofagasta fue el juguete de su infancia y es en su plenitud de mujer el "concierto de olas" que la ensueña. Y tras el Mar, el olvido que le dejó el corazón "vestido con despojos de ausencia". Y delante de Irene, la puerta de todas las empresas que exigen un vértigo del ser para vencerla: el vértigo que, aquí, la define contra "el melancólico crepúsculo del olvido"...

A Sonia Buljan pertenecen las siguientes palabras sobre EL MAR Y EL OLVIDO:

"Hoy Irene Galiachis adquiere un compromiso con la Literatura ante ella misma y ante la comunidad toda, y agrega, En esta primera obra EL MAR Y EL OLVIDO, Irene entreabre su yo íntimo para dejarnos atisbar, en versos teñidos de melancolía y tristeza, el dolor de un amor:

“Él se marchó,
Dejándome el corazón
Vestido con despojos
De ausencias”

Amor al que canta en sueños y ensueños, en realidades que trascienden la pura realidad, brindándole la felicidad del sentimiento compartido:

“Tú y yo nos sentíamos divinidades,
Poseedores de sabiduría secreta
Volando por sobre las cabezas
De los hombres sin gloria,
Consumando un ritual de orquídeas en flor”

Señala luego que, en su opinión es la poesía descriptiva la que alcanza la expresión más acabada.” Ella refleja todo el color, fuerza y belleza de una fotografía de arte...
“

Viene después OFRENDAS A LO INVISIBLE que se publica conjuntamente con otro libro de poemas: OTOÑO DE BRONCE.

Al Académico de la Lengua, Dr. Osvaldo Maya debemos, para OTOÑO DE BRONCE palabras como estas:

“Su autora deja fluir la inspiración para estructurar un poemario donde se entrelazan el amor y la temporalidad. De la conjunción de ambos surgen las circunstancias que suelen dar, por momentos, la esencialidad que otorga plenitud a los seres, o los sume en la desesperanza de la ausencia, o los conduce imperceptiblemente hacia el límite de la nada, dejándolos enfrentados a la tremenda y sobrecogedora realidad de la muerte, que es compañía y leve compás de la temporalidad, hasta el instante en que, implacable, ejercerá su único y definitivo cometido.

Frente a la fugacidad de la existencia, OTOÑO DE BRONCE, literariamente, intenta que sus composiciones rescaten y contengan, en los límites de sus estructuras, porciones existenciales cita “tejiendo ilusiones, Que desean insuflar la vida”.

Sobre este mismo libro, Otoño de Bronce, la entrañable Hna. Elsa Abud, maestra, Académica de la Lengua, escribió en su momento:

“Descubrir la palabra es trasponer el umbral de lo cotidiano en la magia de los días y las horas: resplandor de opacidades, y conjuro de misteriosas empatías.
Entregar la vivencia de esa magia con la palabra propia, don y oficio del poeta. Don y oficio: herida luminosa \ camino difícil.



Irene Galiachis nos entrega su descubrimiento de la palabra.

Su primer libro, EL MAR Y EL OLVIDO, nos brinde la alegría de una voz nueva en las letras de la ciudad. Promisorio comienzo del "camino que cuesta".

Su OTONO DE BRONCE nos confirma en la ilusión: el don está. De su herida luminosa nos regala "un ramo de jazmines anochecidos" y "atardecere rosas del vino de la vida".

"El duelo antiguo del Amor y la Muerte se hace presencia alada y continúa en la brevedad de sus páginas: cada encuentro es un anuncio del adiós; cada ausencia, una espera del regreso. El alba desprende sus pirones de la noche, los ojos "enseñan mañanas de primavera en el Otoño de Bronce" el dolor busca "una sonrisa que estallará en colores", el ayer es "piélago de Fuegos Inagotables". Este largo duelo de amor ~ de muerte es temblor, sosiego y determinación ante el mis torio "del Insomnio del Tiempo", contemplado en las tierras y las aguas de "AFRICA DEL NORTE".



Y en todo, el prodigio de la luz y el color.

Importa reiterarlo: son los inicios de un camino largo y difícil. Falta, ciertamente. PERO EL DON ESTA. OTONO DE BRONCE, NOS CONFIRMA EN LA ESPERANZA".

CREPITAR DE ARREBOLES, su tercer libro, viene acompañado por palabras de Alfonso Calderón. Este crítico y escritor nos dice, por ejemplo:

"Irene Galiachis sabe de qué habla, y lo hace con la fuerza de quien duda de todo, con el amor de quien ama todo, con el dolor de quien lo ha vivido todo, y con el fervor de quien se niega a olvidar los agravios que ofrece el mundo y las grandezas por las cuales, a veces, suele coronarse la aparición nuestra en la escena.

A menudo en sus poemas hay actas de fundación, sonidos, estremecimientos, "mudas reprobaciones" y cánticos de ir y de volver.

En uno de los poemas del libro "Lazos al atardecer" hay muestras de una especie de repulsión limitada de los sentidos en que parece soltarse el poder del vínculo, de la amarra, del nudo de la relación, para que la naturaleza se observe a sí misma, y en ella pueda navegarse, permitiendo quizás una forma de naufragio, pero en los planos que se confunden y superponen "extendiendo el sueño a la realidad"

Me parece que leer este libro es la aventura constante del juego del amor y del azar, posibilita el que EROS sirva como heraldo y paladín en la gran lucha contra el TANATOS que nos lleva al imperio nocturno... "

Para CREPITAR DE ARREBOLES, Germana Fernández nos deja, entre otros muchos juicios, éste: "Los versos de Crepitar de arreboles de Irene son elegantes, bien vestidos en la forma y "buenos" en el fondo, magníficos en cuanto a su origen y a la claridad del lenguaje asumido."

A CREPITAR DE ARREBOLES, Luis Imerio Guardia dedicó encomiosas palabras:

No sólo el don poético que permitió la forja de los primeros versos de "EL MAR Y EL OLVIDO" y "OTOÑO DE BRONCE" - unidos luego como antología en "OFRENDAS A LO INVISIBLE" - tenía IRENE GALIACHIS. En éste su tercer libro de poemas, añade al Don el Oficio que permite trabajar las palabras en busca del hallazgo poético: "la cita de las cinturas" "la boca se hizo una".

Oficio que redime así poéticamente, estéticamente, la crudeza de sus visiones amorosas.

Luego aparece CRISOL DE SOMBRAS, su controvertido libro de poemas, con un prólogo magnífico de Huberto Plaza:

"El poeta recrea la belleza a través de la palabra", este enunciado, que tiene dogmático sentido para los



cultores de la tradición, sufrió una primera sacudida con las exigencias que incluyó en su Arte Poética nuestro genio del creacionismo, Vicente Huidobro, pues él instaba a no conformarse con cantar, sino que exigía que el poeta la hiciese nacer en el poema.

Mayor asombro produjo Neruda cuando – en acrobacia lírica de audacia descomunal- nos develara en cada una de sus Odas Elementales la hermosura invisible en esos elementos que la misma tradición había negado a la poesía. Así se abrió un camino nuevo, una senda

distinta que se le ha permitido seguir a unos pocos, entre los que se incluyen Nicanor Parra, Enrique Lihn y Raúl Zurita.

En los antecedentes dados ha de buscarse el espacio que nos propone CRISOL DE SOMBRAS, el cuarto libro de la creación literaria de IRENE GALIACHIS, pues lo tradicionalmente bello está ausente de sus páginas. Hemos de pensar que se nos entrega una exhaustiva galería de la ignominia, una descarnada descripción de aquello que, aunque sabemos que existe, nos negamos a aceptar como parte real de nuestro mundo circundante. Como portal de esta Corte de los Milagros se nos presenta un Paisaje de Tristeza que permite, sin temor vano, el fugaz paso de la muerte”.

Con respecto a esta misma obra Luis Imerio Guardia escribe:

“Una vez más IRENE GALIACHIS en la organización estética de las palabras que es la Poesía; palabras que pueden ser todas culpables o todas inocentes, según como las utilicen y como las lean; se cumple la eterna y extraña paradoja en que la OBRA, lo creado, supera a su AUTOR, su artífice.

Todos estos «Seres de la noche» que configuran el Círculo de Eros en «CRISOL DE SOMBRAS», moviéndose todos en el difícil límite que media entre lo erótico y lo pornográfico, límite que es violado cuando se pasa y «se saca» del contexto de lo privado al contexto de lo público, van configurando un Universo de «vidas sepultadas donde alterna toda una gama de acciones privadas, subhumanas: sifilíticos, pederastas, ninfómanas, violadores, alcohólicos, onanistas, locos, suicidas, asesinos, homosexuales, etc., transitando hacia un paisaje final que lleva al «abrazo de la repugnancia». Y en esta trayectoria, en este viaje a los infiernos

dantescos de la realidad no aceptada, silenciada por y en nosotros los lectores, pero no por ello menos presente: UNA PRESENCIA; pre esencia, antes de la esencia en la que IRENE GALIACHIS nos sumerge y, mediante toda ESTETICA DE LA ABYECCION a que un análisis de su libro nos lleva, nos conmoverá a los menos y les impactará, asombrará, asqueará, shockeará a los más”.

VIEJOS SONES DE TIEMPO, el quinto libro de poemas de Irene Galiachis, es presentado con elogiosas palabras por el profesor de castellano, investigador y crítico literario, Sergio Gaytán de quien rescatamos las siguientes palabras<.

“VIEJOS SONES DE TIEMPO... es una instancia de ayer, es un espacio y tiempo ya idos, pero que aún brillan en la memoria. Una figura sólida es la del viejo habitante que un día caminó por las calles de Grecia y que, en su oportunidad, realizó similar periplo por los espacios nortinos... Así el libro debe leerse en una doble perspectiva, que se enriquece (y también lentamente se desvanece) con lugares que fueron, pero que continúan habitando de alguna manera en la memoria colectiva, y lógicamente individual de quien los escribe”.



En el año 2001, Irene nos entrega su crónica novelada, MUÑECAS DE SATÍN, Crónicas de Burdeles, magnífica obra que agradecemos. Entre los muchos elogios destaco las siguientes palabras de Pedro Lemebel:

“Quizás este libro de Irene Galiachis más que recuperar una memoria opacada por la moral y el recato, nos plantea cierta arqueología, que busca historizar una sociología del deseo, y es en el género de la crónica donde su investigación adquiere la flexibilidad atemporal del registro literario...”

Finalmente, en RITUAL PARA TRES, Irene Galiachis hace su primera incursión en el género dramático.

¿Cómo se fue formando el imaginario de Irene?

Quienes compartimos esta amada -y ahora tan ajena- Antofagasta, sabemos que:

Las ciudades que nacen esclavas de las cambiantes riquezas mineras, son engendro de contradicciones, casi siempre grotescas: Extremos de riqueza y de miseria; conventillos junto a imponentes edificios; un colegio británico coexistiendo con un escandaloso analfabetismo, en fin, una ciudad que recibía toda la luz del sol, y del mar durante el día, fuego que secaba aún más el desierto de hostil paisaje.

Una ciudad que se nutría de realidades entrañables, como los barrios, ejes de la vida cotidiana, y también de irrealidades, de fantasías tan desproporcionadas como las que nos venían con la película semanal norteamericana. Esas películas entonces eran alienantes hasta para los estadounidenses; para nosotros traían un mundo que, en contraste, hacían parecer nuestra ciudad aún más pequeña y desolada.

Una ciudad que, en cuanto el sol se iba, quedaba dependiendo sólo de la impotente luz de las calles, ampolletas insignificantes que no lograban derrotar la noche, sino que más bien contribuían a hacerla más brumosa y vaga.



En muchos hogares, sin embargo, era la hora del recogimiento, de escuchar a los mayores conversar.

Irene, como hija de padre inmigrante, tiene que haber visto enriquecida su ciudad natal con esa otra tierra que su padre había dejado atrás. Sin duda esta era una riqueza extra, pero también tiene que haber generado un sentimiento de nostalgia extremo, que, me parece, la marcó para siempre – (podemos verla en la suave tristeza de su sonrisa y de sus ojos), porque su padre, en sus relatos de juventud, mostraba su corazón roto de nostalgias irreparables.

A este respecto se podría decir que los hijos y nietos de inmigrantes nos proponemos, de alguna forma, reparar esa herida desgarrada de nuestros padres, abuelos. Pues bien, creo que Irene lo está haciendo a través de sus poemas y de sus otras creaciones. Tal vez cuando lo logre, se aleje un poco la extrañada tristeza de su mirada, pero también, en ese caso, podríamos perderla para las letras.

Irene, hija de contradicciones, escribe para poder reconciliar en sus escritos –en especial en los poéticos- los mundos reales y los mundos soñados; los amores y las desventuras; las ansias infinitas de ser y los límites que marcan nuestro humano hacer. Escribe para poder vencer la vida, y, finalmente, escribe para poder vencer la muerte.

María Elena Moll Sureda,

Doctora en Lingüística por la Universidad de Maryland, EEUU

Miembro de la Academia Chilena de la Lengua

Profesora de Lingüística de la Universidad Arturo Prat de Iquique.

Rectora de la Universidad del Mar, Sede Iquique.